

CLÁSICOS
A MEDIDA



Las aventuras
de Arsène Lupin,
ladrón y caballero
Maurice Leblanc

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA



Las aventuras de Arsène Lupin, ladrón y caballero

Maurice Leblanc

Adaptación de Miquel Pujadó

Ilustraciones de David Guirao

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de
Las aventuras de Arsène Lupin, ladrón y caballero,
existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice
y notas: Miquel Pujadó, 2022

© De la ilustración: David Guirao 2022

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2022



ISBN: 978-84-698-9075-2

Depósito legal: M-33763-2021

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción | 5 |
| La detención de Arsène Lupin | 17 |
| Arsène Lupin en la cárcel | 31 |
| La evasión de Arsène Lupin | 49 |
| El viajero misterioso | 69 |
| El collar de la reina | 83 |
| El siete de corazones | 101 |
| La caja fuerte de la señora Imbert | 131 |
| La perla negra | 141 |
| Sherlock Holmes llega demasiado tarde | 153 |
| Apéndice | 177 |



PRÉFECTURE DE POLICE
DE PARIS

Las aventuras de
Arsène Lupin,
ladrón y caballero

La detención de Arsène Lupin



El Provence era un transatlántico cómodo y rápido y su capitán, un hombre amable y competente. A bordo se encontraba la flor y la nata de la sociedad y, al sentirnos separados del mundo, como si nos encontráramos en una isla desconocida, tendíamos a acercarnos los unos a los otros. Éramos un grupo de personas que el día anterior no se conocían y que durante unos días desafiarían juntos la cólera del océano y la calma engañosa del agua dormida. En nuestra pequeña isla flotante, nos sentíamos unidos al resto del mundo únicamente a través del telégrafo sin hilos, que nos transmitía mensajes que parecían llegar de otro universo. En las primeras horas de nuestro viaje, muchos amigos nos enviaron sus despedidas tristes o sonrientes. Sin embargo, al segundo día, a quinientas millas de la costa francesa, y en una tarde tormentosa, el telégrafo nos transmitió este mensaje: «Arsène Lupin a bordo, primera clase, cabello rubio, herida en antebrazo derecho, viaja solo bajo el nombre de R...».

En ese preciso momento, un violento trueno estalló y las ondas eléctricas quedaron interrumpidas, de manera que ya no nos llegó el resto del mensaje, y del nombre bajo el cual se ocultaba Arsène Lupin solo supimos la inicial. Los empleados de la estación radiotelegráfica, así como el comisario de a bordo y el capitán, suelen guardar en secreto las noticias recibidas, pero muy pronto todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se encontraba entre nosotros. Arsène Lupin, el ladrón cuyas hazañas llenaban las páginas de los periódicos desde hacía meses. El hombre que solamente actuaba en castillos y salones y que una noche había marchado de la residencia del barón Schormann con las manos vacías, dejando su tarjeta con esta nota: «Arsène Lupin, ladrón y caballero, volverá cuando los muebles de esta casa sean auténticos». Arsène Lupin, el rey de los disfraces, que tan pronto aparecía como chófer, como tenor, como anciano, como adolescente, como médico ruso... Y pensar que un hombre como él se estaba moviendo entre nosotros, en el espacio restringido de la primera clase de un transatlántico, donde las personas se cruzan a cada momento... ¡Podía ser aquel señor, o aquel otro, o mi vecino de mesa, o mi compañero de camarote!

—¡Y pensar que esta situación puede durar aún cinco días! —exclamó a la mañana siguiente *miss* Nelly Underdown—. ¡Es intolerable! ¡Espero que lo detengan pronto! Dígame, señor d'Andrézy —añadió, dirigiéndose a mí—, ¿sabe usted algo, ya que habla a menudo con el capitán?

Ya me hubiera gustado saber algo, aunque solo hubiera sido para agradar a aquella joven deliciosa, tan rica como bella. Educada en París de madre francesa, iba a reunirse con su padre, el señor Underdown, uno de los hombres más ricos de Chicago, y viajaba acompañada por una amiga, *lady* Jerland. Yo la encontraba muy atractiva y había intentado flirtear con ella, con un

cierto éxito: reía con mis frases ingeniosas y demostraba interés por las anécdotas que explicaba. Solamente me inquietaba un posible rival: un joven guapo, elegante y poco hablador. Ella parecía preferir su carácter taciturno a mis maneras extrovertidas, demasiado parisinas. Precisamente, el joven en cuestión formaba parte del grupo de admiradores que rodeaba a *miss* Nelly cuando ella me hizo la pregunta. Estábamos en el puente, instalados cómodamente en unas mecedoras. La tormenta del día anterior había dejado paso a un cielo claro y límpido.

—No sé nada con certeza —respondí—, pero podríamos investigar, como lo haría el viejo Ganimard, el enemigo personal de Arsène Lupin.

—Oh, el problema es muy complicado para nosotros.

—No lo crea... Disponemos de elementos para resolverlo. Veamos: Lupin se hace llamar señor R, viaja solo y es rubio.

—¿Y de qué nos sirve eso?

—Es evidente: solo tenemos que consultar la lista de pasajeros y actuar por eliminación.

Tenía precisamente la lista en el bolsillo. Así que la saqué y procedí a examinarla.

—Solo hay trece personas cuya inicial nos interese.

—¿Solo trece?

—En primera clase, sí. Y nueve de ellas viajan acompañadas de esposas, niños o criados. Quedan cuatro personas sospechosas: el marqués de Raverdan...

—Es secretario de embajada. Lo conozco —me interrumpió *miss* Nelly.

—El comandante Rawson...

—Es mi tío —dijo alguien.

—El señor Rivolta...

—Soy yo —exclamó un italiano de espesa barba negra.

—Entonces nuestro hombre es el último de la lista, el señor Rozaine. ¿Alguien de ustedes lo conoce?

—Y bien, señor Rozaine, ¿por qué no contesta usted? —dijo *miss* Nelly, interpelando al joven taciturno. Todos volvimos la mirada hacia él: era rubio.

—¿Por qué? Porque su análisis ha sido tan lógico que he llegado al mismo resultado que usted. Opino, por lo tanto, que me tendrían que detener.

Sin duda bromeaba, pero su actitud nos impresionó. *Miss* Nelly preguntó ingenuamente:

—¿También tiene usted una herida?

—¡Es verdad, falta la herida! —dijo él, y se subió la manga con un gesto nervioso.

No tenía ninguna herida, pero entonces me di cuenta de que aquel hombre nos estaba mostrando el brazo izquierdo. Iba a comentarlo cuando se produjo un incidente: *lady* Jerland, la amiga de *miss* Nelly, llegó corriendo hasta nosotros y gritó:

—¡Mis joyas! ¡Mis perlas! ¡Se lo han llevado todo!

Pero no se lo habían llevado todo, como pudimos comprobar más tarde: el ladrón había tomado solo las piedras más valiosas y pequeñas, abandonando las monturas con las otras piedras sobre una mesa. Para llevar a cabo un trabajo tan complejo en pleno día, mientras *lady* Jerland tomaba el té, había sido preciso forzar la puerta del camarote en un pasillo muy concurrido, encontrar la pequeña bolsa de las joyas, que estaba disimulada en el fondo de una caja de sombreros, abrirla, seleccionar las piezas y arrancarlas de su soporte.

—¡Ha sido Arsène Lupin! —gritó alguien.

Efectivamente, aquella era su manera de actuar, complicada, misteriosa... y, sin embargo, lógica, porque llevarse todas las joyas hubiera sido engorroso, pero no había ningún proble-



ma para ocultar pequeñas piezas independientes: perlas, zafiros, esmeraldas... A la hora de la cena, supimos que Rozaine había sido convocado por el capitán. Su detención alivió a todo el mundo. Aquella noche bailamos y *miss* Nelly, que parecía haber olvidado su interés por Rozaine, acabó de conquistarme y, hacia la medianoche, a la luz de la luna, le declaré mi afecto. Pero al día siguiente, ante la estupefacción general, se supo que Rozaine había sido puesto en libertad porque los cargos presentados contra él eran insuficientes. Era el hijo de un importante comerciante de Burdeos, tenía los papeles en regla y no presentaba heridas en ninguno de los dos brazos. Muchos no quedaron convencidos:

—¿Documentos? ¡Arsène Lupin puede obtener tantos como quiera!

—¿La herida? Debía de ser una información falsa. O ha sabido borrar su rastro.

—Pero está demostrado que a la hora del robo Rozaine paseaba por el puente —se atrevía a puntualizar alguien.

—¿Es que acaso alguien como Lupin necesita asistir al robo que él mismo comete? Además, ¿quién más viaja solo, es rubio y tiene un nombre que empieza por R?

Cuando, poco antes del desayuno, Rozaine se dirigió audazmente hacia nuestro grupo, *miss* Nelly y *lady* Jerland se levantaron de sus asientos y se alejaron, temerosas. Pero, una hora más tarde, una circular escrita a mano pasaba de mano en mano entre los viajeros, los marineros y todos los empleados del barco: el señor Louis Rozaine prometía diez mil francos a quien desenmascarase a Arsène Lupin o encontrase a la persona que estuviera en posesión de las joyas robadas. «Y si nadie me ayuda contra ese bandido, yo mismo me las veré con él», concluía. Durante dos días y sus noches, se vio a Rozaine ir de un

lado a otro, mezclándose con el personal y husmeando por doquier. Por su parte, el capitán desplegó una gran energía e hizo registrar a conciencia el Provençe, camarote por camarote.

—Así se acabará por descubrir algo, ¿no? —me dijo *miss* Nelly—. Por muy brujo que sea, no puede hacer invisibles los diamantes y las perlas.

—En efecto, o será preciso registrar nuestros sombreros, el forro de las americanas y todo lo que llevamos puesto, incluyendo esto —le respondí, mostrándole mi cámara, con la cual no dejaba de fotografiarla—. Aquí dentro podría esconder todas las joyas de *lady* Jerland.

—He oído decir que todos los ladrones dejan alguna huella tras de sí.

—Todos menos Arsène Lupin. Él no piensa solamente en el robo que lleva a cabo, sino en todas las circunstancias que podrían incriminarle. Estamos perdiendo el tiempo.

Y, efectivamente, las investigaciones no dieron resultado alguno. Con una excepción: al capitán le robaron su reloj. Furioso, vigiló más de cerca a Rozaine y redobló sus esfuerzos. A la mañana siguiente, el reloj desaparecido fue hallado entre los cuellos postizos del segundo oficial. Arsène Lupin no era solamente un ladrón: tenía sentido del humor. Trabajaba por gusto y por vocación, pero también para divertirse. Era un artista en su género.

La antepenúltima noche, el oficial de guardia oyó unos lamentos que procedían del rincón más oscuro del puente. Se acercó y encontró a un hombre con la cabeza envuelta en una espesa tela gris y con las manos atadas. El hombre era Rozaine, quien había sido asaltado en el curso de una de sus expediciones y despojado del dinero que llevaba encima. Sujeta a su americana con un alfiler había una tarjeta de visita donde se leía:

«Arsène Lupin acepta agradecido los diez mil francos del señor Rozaine». Hay que decir que en realidad la cartera contenía veinte billetes de mil francos. Naturalmente, se acusó a Rozaine de haber simulado aquel ataque contra sí mismo. Pero se comprobó que le hubiera sido imposible atarse tal como lo encontraron y que la caligrafía de la tarjeta era totalmente diferente de la de Rozaine. Es más, era idéntica a la de Arsène Lupin, conforme la reproducía un viejo periódico hallado a bordo. Así pues, Rozaine no era Arsène Lupin, sino el hijo de un comerciante de Burdeos.

El terror se extendió. Ya nadie se atrevía a permanecer a solas en su camarote ni a aventurarse sin compañía por las partes más alejadas del barco. Todos buscaban la seguridad del grupo, pero al mismo tiempo todo el mundo desconfiaba de todo el mundo. Y es que Arsène Lupin ahora era... todo el mundo. Nuestra imaginación le atribuía poderes ilimitados, la capacidad de disfrazarse como cualquiera de nosotros. Y ya no reducíamos las sospechas a los viajeros solitarios o a los que tenían un nombre empezado por R. Los primeros mensajes telegráficos no trajeron noticias, y aquel silencio no ayudaba a tranquilizarnos.

El último día pareció interminable. Esperábamos una desgracia inminente. Lupin era el amo del barco, las autoridades habían quedado reducidas a la impotencia y él disponía libremente de nuestros bienes y nuestras vidas. Aquellas horas para mí fueron deliciosas, pues me valieron la confianza de *miss Nelly*, que buscaba a mi lado una protección que me sentía feliz de poderle ofrecer. En el fondo, bendecía a Arsène Lupin. ¿No era acaso él quien nos hacía intimar y me permitía abandonarme a mis sueños? Sueños de amor y sueños menos quiméricos, debo confesarlo: los Andrézy son de buena familia, pero su blasón ha

perdido brillo, y no me parecía indigno de un gentilhombre intentar recuperarlo. Y esos sueños me eran autorizados, lo podía sentir, por la mirada de Nelly. Hasta el último momento, acodados a la baranda, permanecimos juntos, mientras la costa americana desfilaba ante nosotros. Desde las primeras clases hasta el entrepuente donde hormigueaban los emigrantes, todos esperaban el momento supremo, la resolución del enigma. ¿Bajo qué nombre, bajo qué máscara se escondía Arsène Lupin?

Y el momento supremo llegó. Aunque viva cien años, nunca olvidaré ni el más ínfimo detalle. Me dirigí a mi compañera, que se apoyaba en mi brazo:

—La veo muy pálida.

—Y a usted lo veo tan cambiado...

—Es que este minuto es apasionante, y me siento feliz de vivirlo a su lado.

Pero ella no escuchaba, nerviosa y febril. Bajaron la pasarela, pero, antes de que se nos permitiera acceder a ella, un grupo de personas subió a bordo: aduaneros, hombres de uniforme... *Miss Nelly* murmuró:

—No me extrañaría que descubriesen que Arsène Lupin ha huido durante la travesía.

—Tal vez ha preferido la muerte al deshonor y se ha lanzado al océano antes de ser detenido.

—¡No se lo tome a broma! —dijo, molesta.

De repente, me estremecí y, al preguntarme ella la causa, respondí:

—¿Ve usted aquel hombre pequeño y de edad avanzada que está de pie en el extremo de la pasarela? Es Ganimard, el célebre policía que ha jurado detener a Arsène Lupin. Ahora comprendo que no haya habido informes desde este lado del océano. Ganimard estaba aquí, y le gusta que nadie meta la nariz en sus asuntos.

—¿Entonces Arsène Lupin será detenido?

—¿Quién sabe? Dicen que Ganimard solo lo ha visto disfrazado. A menos que conozca el nombre falso que utiliza...

—¡Ah, si pudiera presenciar su detención!

—Paciencia. Seguro que Lupin se ha percatado de la presencia de su enemigo y preferirá desembarcar al final, cuando la vista del viejo esté cansada.

Y comenzó el desembarco. Apoyado en su paraguas y con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la multitud. Un oficial de a bordo, colocado tras él, le iba informando de cuando en cuando. Fueron desfilando el marqués de Raverdan, el comandante Rawson, el italiano Rivolta... y se acercaba Rozaine, que no parecía recuperado de sus desventuras.

—Tal vez sea él Lupin, después de todo —dijo *miss Nelly*—. ¿Qué opina usted?

—Que sería interesante tomar en una misma fotografía a Ganimard y a Rozaine. Coja usted mi máquina, que yo voy muy cargado.

Se la di, pero, antes de que pudiera utilizarla, Rozaine pasó por delante de Ganimard sin ser detenido. ¿Quién era, pues, Arsène Lupin? Solo quedaban unas veinte personas por desembarcar. Le dije:

—Ya no podemos esperar más.

Ella avanzó, y yo la seguí. Y no habíamos caminado diez pasos cuando Ganimard nos obligó a detenernos.

—¿Qué ocurre? —exclamé.

—Un momento, señor.

Me observó detenidamente y después dijo, mirándome fijamente a los ojos:

—Arsène Lupin, ¿verdad?

Me eché a reír.

—No, simplemente Bernard d'Andrézy. Aquí tiene mis documentos.

—Bernard d'Andrézy murió hace tres años en Macedonia. Estos son ciertamente sus documentos. Cómo es que los tienes tú, ya lo averiguaré.

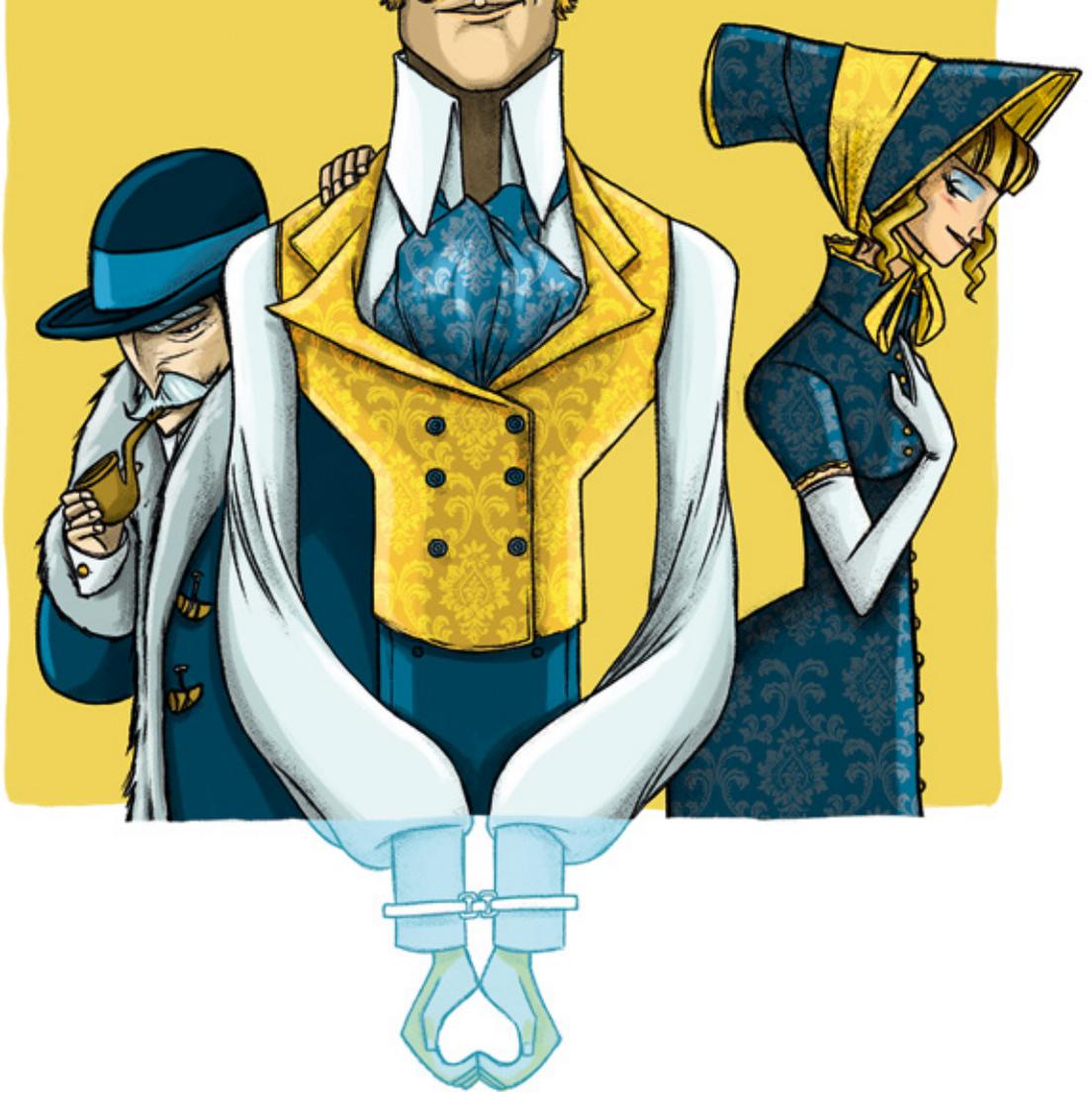
—¿Está usted loco? Lupin se había embarcado bajo el nombre de R.

—Sí, otro truco típico tuyo, una pista falsa. Eres un hombre notable, pero esta vez la suerte te ha abandonado. ¡Venga, Lupin, demuestra que eres un buen jugador y que sabes perder!

Entonces me dio un golpe seco en el antebrazo derecho, y lancé un grito de dolor. Me había golpeado en la herida que especificaba el telegrama. Debía resignarme. Me giré hacia *miss* Nelly, que escuchaba lívida. Su mirada cruzó la mía y luego bajó los ojos hacia el aparato fotográfico que le había dado. Entonces tuve la certeza de que de repente lo había entendido todo: sí, entre aquellas estrechas paredes, en el interior de aquel pequeño objeto que había tenido la precaución de poner en sus manos antes de ser detenido por Ganimard, se encontraban los veinte mil francos de Rozaine, así como las perlas y los diamantes de *lady* Jerland.

En aquel momento solemne, cuando Ganimard y dos de sus acólitos¹ me rodeaban, todo me era indiferente: el arresto, la hostilidad de los pasajeros... Todo menos la decisión que iba a tomar *miss* Nelly. Aquella prueba material y decisiva contra mí, ¿la entregaría? ¿Me traicionaría? ¿Actuaría como una enemiga que no perdona o como una mujer cuyo desprecio se atenúa gracias al recuerdo?

¹ *Acólito*: persona que está al servicio de otra.

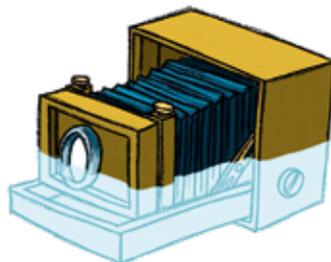


Pasó ante mí, y la saludé con un movimiento de cabeza, sin una palabra. Mezclada con los otros pasajeros, se dirigió a la pasarela. Pensé: «No se atreve a hacerlo en público. La entregará más tarde». Pero, cuando llegó a la mitad de la pasarela, pareció tropezar y, con un gesto de torpeza simulada, dejó caer el aparato al agua. Después, la vi alejarse y su silueta se perdió entre la multitud. Por un instante, permanecí inmóvil, triste y enternecido a un tiempo. Luego, dije con un suspiro, para sorpresa de Ganimard: —¡Qué lástima no ser un hombre honrado!

Fue así como, una tarde de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su detención. Los incidentes que algún día narraré habrían creado entre nosotros unos lazos... ¿de amistad? Sí, me atrevo a creer que es por amistad que Arsène Lupin se presenta a veces de improviso en mi casa y llena el silencio de mi despacho con su alegría juvenil, con el resplandor de su vida ardiente, con su buen humor de hombre a quien el destino sonríe.

¿Su retrato? ¿Cómo podría hacerlo? Lo he visto veinte veces, y cada vez me ha parecido un ser diferente... o tal vez un mismo ser del cual veinte espejos me han proyectado veinte imágenes deformadas. «Yo mismo —me dijo un día— no sé quién soy. No me reconozco al mirarme al espejo». Una broma, tal vez. Pero una verdad para los que se tropiezan con él e ignoran sus infinitos recursos, su paciencia, su arte del maquillaje, su prodigiosa capacidad de transformar incluso las proporciones de su rostro y la relación existente entre sus rasgos. «¿Por qué —me dijo también— debería yo tener una apariencia definida, una personalidad siempre idéntica? A mí me definen mis actos». Y añadió con un cierto orgullo: «Mejor si no pueden decir nunca con certeza: “He aquí a Arsène Lupin”. Lo importante es que digan sin temor a equivocarse: “Arsène Lupin ha hecho tal cosa”».

Son algunas de estas acciones, algunas de estas aventuras, las que intentaré reconstruir basándome en las confidencias que Arsène Lupin quiso hacerme en el silencio de mi despacho, durante algunas tardes de invierno,





El más peligroso ladrón de toda Francia ha sido atrapado por la policía, pero estar entre rejas no es un impedimento para que el caballero ladrón siga con sus aventuras. Encandilar a ricas herederas, asaltar un castillo inexpugnable, vengar una infamia del pasado o enfrentarse al mismísimo Sherlock Holmes serán solo algunas de las peripecias en las que se verá envuelto el celebre Arsène Lupin.

En este tomo están recogidas nueve de sus primeras narraciones, que ayudarán a conocer al personaje que creó Maurice Leblanc y que tanta fama le proporcionó.

